

2.º Que ántes de Hermés, nada había de cierto en el mundo.

3.º Que la inmensa mayoría de los hombres es incapaz de llegar á la certeza, porque hay muy pocos que puedan reconstituir la verdad y aun apreciar bien el encadenamiento de las verdades entre sí.

4.º Que habría obligación de creer todos los errores á que sería uno arrastrado por las falsas deducciones, y despues obrar consiguientemente á esto mismo.

No queremos hacer mencion de otros sistemas no ménos absurdos. Pero sí deduciremos una consecuencia innegable. Existe la verdad, existe la ciencia, la filosofía no es un nombre vano. Pero esta verdad, esta ciencia, esta filosofía, solo la posee la Iglesia católica. Todos los delirios de la razon humana son una prueba de la necesidad de la revelacion. La razon, abandonada á sí misma, no ha hecho otra cosa que extraviarse, pero guiada por la Iglesia, ha enmendado sus errores y ha hecho gigantescos progresos. Cada nueva negacion de la verdad hace descubrir una nueva prueba que la confirma.

«La filosofía moderna, concluiremos, valiéndonos de las palabras de Bonnet, ha conmovido los fundamentos de todas las creencias religiosas. Imprudentemente arrancado el espíritu humano á las doctrinas sobre que descansaba hacia tantos siglos, no sabe ya á qué asirse, ni en dónde fijarse. La ausencia de la religion deja un vacío inmenso en los pensamientos y afecciones del hombre; y éste, siempre extremado, los llena de los más peligrosos fantasmas, en lugar de una cosa maravillosa, sábia y consoladora, adaptada á nuestras primeras necesidades: así es como el hombre, haciéndose incrédulo, no hará más que precipitarse más fácilmente en la supersticion: llevará hasta en el ateismo la necesidad de las ideas religiosas: abusará de las propias ciencias, mezclando con ellas los desvarios más monstruosos; divinizará los efectos físicos y las fuerzas de

la naturaleza; se le verá caer de nuevo en un politeísmo absurdo: en una palabra, estará dispuesto á creerlo todo al mismo tiempo que dirá que no cree ya en nada. Ya es tiempo de que la verdadera filosofía, por su propio interés, vuelva á acercarse á una religion á la que ha desconocido demasiado, y que es la única que puede dar un vuelo infinito y una regla segura á todos los movimientos de nuestro corazon. Es preciso dar á la inteligencia alimentos sanos si no se quiere que se nutra de venenos» (1).

CAPITULO VI.

La Iglesia protectora de las ciencias y de las artes (2)

Acabamos de ver la dichosa influencia de la Iglesia en los progresos y acierto de la verdadera filosofía, comprendiendo en esta palabra en general todos los conocimientos humanos. Podíamos añadir la relacion de sus beneficios á todas y cada una de las ciencias y artes que se han desarrollado y crecido bajo su impulso civilizador; ¡tan léjos está la Iglesia de ser enemiga de la ilustracion! Pero esta sería una larga tarea que exigiria volúmenes enteros, y, por otra parte, es una cosa que no desconoce ninguna persona ilustrada é imparcial. Nos contentaremos con hacer indicaciones generales, bastantes, sin embargo, para que aparezca que nuestra religion es la más favorable á las artes y á las letras, y que el mundo moderno se lo debe todo; desde la agricultura hasta las ciencias abstractas; desde los hospicios para los desgraciados, hasta los Templos edificados por Miguel Angel y decorados por Rafael.

§ I.—Ciencias.

En todas partes en que se ha establecido el cristianismo, tanto en medio de los hielos del Norte, como bajo los ar-

(1) Citado por *Augusto Nicolás*, lugar citado.

(2) Chateaubriand, *Génio del Cristianismo*.—Pinard, *Génie du Catholicisme*.

dores del Mediodía, han progresado las ciencias, las costumbres y la civilización: donde ha desaparecido le ha reemplazado la barbarie. Desde hace diez y siete siglos las ciencias apenas han sido conocidas ni cultivadas sino en las naciones cristianas.

Sabido es de sobra, que las artes y las ciencias hubieran perecido por completo á consecuencia de los trastornos que sufrió el mundo por la irupcion de los bárbaros, las continuas guerras y otras causas, si no las hubiera salvado la Iglesia. Hubo un tiempo en que el saber leer era tenido por una afrenta, indigna de un noble. ¡A tal extremo había llegado la barbarie! Entónces todas las ciencias se refugiaron en el santuario á la sombra de los Monasterios y de las Iglesias. Los Monjes y Clérigos únicamente cultivaban las ciencias, y llegaron á ser sinónimas las palabras *Clérigo* y *literato*. Ellos nos conservaron todas las obras de la antigüedad, copiando los manuscritos y escribiendo otras nuevas. Ellos cultivaron todas las ciencias, desde la gramática hasta la jurisprudencia y la medicina; casi todos los escritores de la Edad Media fueron Eclesiásticos.

Más tarde se fundaron escuelas gratuitas, universidades y colegios: estos establecimientos fueron mirados como casas de religion, que debían subsistir bajo la proteccion de la Iglesia. Esta se puede llamar con justo título la institutriz del género humano, la maestra de las naciones. Los primeros establecimientos de instruccion pública, fundados en los Monasterios ó en las Catedrales, fueron dirigidos por los Obispos, por los Sacerdotes, ó por los Monjes, que ocupaban en ellos todas las cátedras (1). Por una consecuencia natural, los Papas tomaron bajo su proteccion á todas las escuelas, y les dieron reglamentos. Las célebres universidades de España, de Italia, de Francia, de Alemania

(1) Cuando vemos un Gerson, Canciller de la Iglesia de París, tomar á su cargo las escuelas de primeras letras, por pura caridad, nos convencemos de que solo la religion puede inspirar este celo por la instruccion de los ignorantes.—Bergier, artículo *Letras*.

y de Bélgica, debieron á los Romanos Pontífices su origen ó su confirmacion. En los siglos posteriores las ciencias ensancharon su esfera; pero siempre la Iglesia estaba al lado de sus progresos.

Estos hechos tan elocuentes prueban más que todos los razonamientos. Los que acusan á la Iglesia de favorecer la ignorancia probablemente no sabrían leer, si no hubiera sido por sus cuidados y celo.

Por otra parte, todas las ciencias deben al espíritu cristiano su más fecundo desarrollo.

Como ya queda indicado, esto no puede dudarse respecto á las ciencias llamadas *racionales*, como la lógica, la psicología, la metafísica, etc. La Iglesia propone, resueltas de antemano con un criterio infalible, casi todas las cuestiones más importantes de que se ocupan estas ciencias, y esto influye poderosamente en sus investigaciones. La filosofía escolástica, con su espíritu investigador y sutil, arrojó viva luz sobre las verdades metafísicas, al mismo tiempo que aguzó el ingenio, y vigorizó el raciocinio, y acostumbró á tratar las cuestiones con la mayor exactitud de términos. Hasta los mismos filósofos, que hacen gala de negar la revelacion, se aprovechan de sus beneficios y de las ideas que la religion ha hecho populares, y siempre que hablan del hombre con verdad y dignidad, se encuentra en su lenguaje el sabor de las ideas cristianas.

Lo dicho es todavía más cierto respecto á las ciencias *morales* y todas las que se enlazan con éstas. En vano se intentaría, no digo sobrepujar, pero ni aún imitar la moral del Evangelio. Esta ha formado una admirable conciencia pública, y ya la hemos visto revelarse en las legislaciones y costumbres de todos los pueblos; así es, que estas ciencias se distinguen todas por un carácter eminentemente cristiano. En este punto lleva la Iglesia la palma con tanta justicia, que no se la disputan los mismos incrédulos. Atacarán sus dogmas, sus misterios, su divinidad; pero no niegan la excelencia de su moral y la influencia saludable que ha ejercido en las ciencias que se rozan con ella.

Hay especialmente una que se ha formado enteramente

bajo la influencia católica, la HISTORIA. La religion ha creado un modo nuevo de escribir la historia, completamente distinto del de los escritores antiguos, y que es el único verdadero y digno, pues considera los hechos como abundantes manantiales de reflexiones y pensamientos filosóficos y morales, y hace ver en ellos la accion de la Providencia, conduciendo á los hombres á sus fines y dirigiendo la marcha de la humanidad. Además, contribuye poderosamente á dar al historiador aquellas condiciones indispensables para llenar bien su cargo, buen sentido, independencia y fidelidad.

«Entre nosotros, dice el autor de las *Grandezas del Catolicismo*, hay una especialidad que se tiene la pretension de haber mejorado mucho, de haber perfeccionado mucho; quiero hablar de la historia. Efectivamente; en nuestros dias la historia ha llegado á ser un cuadro más vasto, más regular, más animado; se ha comprendido al fin que la historia no era un osario en donde se iba á deletrear los nombres de algunos reyes, algunas guerras separadas de sus causas y de sus efectos, algunos acontecimientos aislados; se ha hecho un gran drama del cual se ha querido dar con toda solicitud la exposicion, la intriga, el desenlace, la intriga sobre todo; se han estudiado los génius, las pasiones y las flaquezas de todos los personajes que han figurado en escena... Pero sin religion no es posible formar obras históricas durables, como ni obras de arte, de poesia ó de literatura. ¿Cuál es el objeto, cuál es el fin de la historia? El instruir; mas instruir es ejercitar al espíritu en comparaciones, es ejercitarle en juzgar el bien y el mal. Pero, ¿cómo se formará un juicio absoluto sobre las cosas y sobre los hombres si no se tiene más que una regla vaga, mal definida, sujeta á todos los debates de opiniones flotantes, de opiniones que los autores modifican á cada paso, segun las circunstancias?»

Pasa despues revista de las dos escuelas formadas por los historiadores más célebres de la época, y añade: «No basta, pues, la escuela fatalista ni la escuela moralista para apreciar el pasado y el presente; no es posible apre-

ciarlos sino cuando se domina al uno y al otro, es decir, cuando en lugar de un criterio que solo puede ser relativo ó arbitrario, se asienta un criterio inmutable y absoluto, el criterio religioso» (1).

Por último, por lo que hace á aquel gran grupo de ciencias clasificadas con el nombre de *naturales y exactas*, sería desconocer lastimosamente su historia el decir que la Iglesia no ha contribuido eficazmente á sus progresos. El primer impulso que recibieron en Europa estas ciencias se debe al Monje Gerberto, que despues fué Papa con el nombre de Silvestre II. En aquel siglo, el X, que con razon se apellida bárbaro, abrió este Monje cátedras de matemáticas, de geografia y de astronomía. En el siglo XIII brillaron en estos conocimientos Alberto Magno y Roger Bacon, que se hicieron por ellos tan superiores á los hombres de su siglo, que el vulgo los miraba como hechiceros, de cuya calumnia se vindicaron completamente. Pero dieron motivó á esta acusacion los grandes adelantos que hicieron en matemáticas, astronomía, óptica y química.

«La mayor parte de los descubrimientos científicos que han cambiado la faz del mundo civilizado, y cuya perfeccion forma el orgullo de nuestra época, han sido hechos por miembros de la Iglesia. La invencion de la pólvora, y acaso la del telescopio, se deben á Roger Bacon; otros atribuyen el descubrimiento de la pólvora á un Fraile aleman llamado Bertoldo Schwartz; las bombas fueron inventadas por Galem, Obispo de Munster; el Diácono Flavio de Givia, napolitano, descubrió la brújula; el Fraile Despina los anteojos, y Pacífico, Arcediano de Verona, ó el Papa Silvestre II, el reloj de ruedas» (2).

Finalmente, nadie ignora que los grandes adelantos que han hecho desde el siglo pasado la geografia y la historia natural, se deben en su mayor parte á las relaciones de los misioneros. Si el celo intrépido de estos hombres superio-

(1) Véase Pinard, *Genie du Catholicisme*, caps. 8.º y siguientes.

(2) Chateaubriand, lib. VI, cap. 6.º

res no hubiese penetrado en las tribus salvajes de América y Asia, no conoceríamos las costumbres, género de vida y carácter de los salvajes. La filosofía no es aficionada á exponerse á ser devorada por los canibales; pero la religion, que no teme á la muerte, favorece de este modo áun á la filosofía (1).

§ II.—Literatura.

No hay género alguno de literatura que no hayan cultivado con éxito los escritores católicos, y al cual no sea favorable el espíritu de nuestra religion. Chateaubriand y el Abate Pinard lo han demostrado hasta la evidencia.

Los que acusan á nuestra religion de ser enemiga de las bellas letras debieran avergonzarse al ver las reproducciones de nuestros literatos y publicistas en todos los tiempos y en todos los países.

Desde los primeros siglos se dedicaron los cristianos á la literatura, con tanto fruto, que oscurecieron á los literatos paganos de su tiempo. El emperador Juliano *el Apóstata* creyó que el mayor perjuicio que podía causar á los cristianos era prohibirles el estudio de las letras. La energía con que éstos protestaron contra tan inicuo decreto es la mejor prueba de lo que la Iglesia aprecia la literatura, áun la profana. Hé aqui cómo se expresaba San Gregorio Nacianceno, dirigiéndose á los paganos: *Os dejo de buena gana las riquezas, nacimiento, gloria, autoridad, bienes que desaparecen como un sueño; pero deseo la elocuencia y no me desanimarán para buscarla los trabajos y los viajes por tierra y mar* (2).

(1) Hasta la *medicina* debe sus progresos á la Iglesia, que contribuyó en ello: 1.º Haciendo cesar los remedios supersticiosos de la antigüedad. 2.º Dotando de hospitales á la clínica, y, sobre todo, 3.º realzando aquella ciencia á los ojos de la fe, ya por la dignidad del hombre, que inspira, ya por los recursos que frecuentemente suministra á la experiencia por las curaciones morales que obra la religion.
—Véase Scotti, *Catecismo medical*.

(2) *Contra Julianum*.

«Los Santos Padres abrian diversas vías á la literatura, no buscando el arte por sí mismo, sino haciendo servir la forma al pensamiento y creando una literatura de carácter original, cuando la antigua perdía el suyo... La literatura cristiana hizose luégo gigante por obra de oradores que, al combatir el orgullo del saber y la indocilidad del corazon, no solo sobrepujan en mucho á sus contemporáneos, sino que se ponen al nivel de cuanto la antigüedad tiene por más insigne. Los Padres Orientales, principalmente, hacen plegarse la lengua y el arte griego á las inspiraciones sagradas, y á expresar la nueva fe, sin alterar la índole que el idioma tenía, cuando tronaba ó lisonjeaba con Demóstenes y Sócrates, como una melodía antigua á que se aplicasen nuevas palabras» (1).

La índole del Catolicismo es sumamente favorable á la elocuencia.

Las verdades dogmáticas y morales que el orador cristiano desarrolla continuamente en sus discursos, le aseguran ya una superioridad incontestable sobre el orador profano: solo necesita mantenerse á la altura de su asunto para dominar por completo á su auditorio. A la palabra del orador cristiano va unida la mocion secreta de la gracia divina, y así se explican esase stupendas conversiones de muchos pecadores, que despues de haber oido un sermón, cambian por completo su vida y renuncian al mundo para darse enteramente á su salvacion. Ningun orador profano podrá lisonjearse de haber producido tan notable cambio en sus oyentes.

La elocuencia antigua, y en general toda elocuencia profana, se limita á los intereses particulares de algun ciudadano ó algun pueblo, etc.; pero la elocuencia sagrada tiene por objeto los intereses más importantes de toda la humanidad. Pronunciad hoy el mejor discurso de Ciceron, y no excitará ningun interés: ¿qué nos importan á nosotros las maquinaciones de Catilina? Pero pronunciad íntegro, sin variar una coma, cualquier discurso de un Santo Pa-

(1) Cantú, época 7.ª, cap. 21.

dre, y será escuchado con el mismo interés y producirá tanto fruto como cuando se pronunció por primera vez. No es difícil ser elocuente para un pueblo y para una época; pero sí para todos los pueblos y todos los países.

El mérito de la elocuencia sagrada es que los asuntos que trata son generalmente muy trillados, y en estos asuntos es más difícil ser elocuente; y, sin embargo, la religión suministra al orador recursos inagotables para ser escuchado con el más vivo interés, y presentar las verdades bajo mil formas agradables y nuevas. Escuchad á los oradores cristianos, ¡con qué diversa fuerza, con qué diversa magnificencia, con qué uncion tan variada presentan un mismo pensamiento!

Sabemos que hay muchos malos predicadores; pero, ¿qué serían éstos para tratar asuntos profanos? No sabrían hacerlo bien ni mal. Por el contrario, los oradores de asuntos profanos, tenidos por notables, serían de seguro sublimes puestos en un púlpito y tratando asuntos religiosos. «La religión, dice un escritor, ha elevado á la elocuencia, no solo una tribuna, sino un trono; este trono es el púlpito.» Un mismo orador eclesiástico, ¡qué diferencia cuando habla en el púlpito y cuando habla, por ejemplo, en el Congreso!

El púlpito parece como suspendido entre el Cielo y la tierra, para recibir la palabra de Dios y repetirla al pueblo. Allí todo contribuye á exaltar la imaginación para producir vivas y magníficas pinturas, conmoviendo á los corazones con palabras llenas de uncion y de fuego: lo espacioso del Templo, sus imponentes columnas, sus arcadas multiplicadas, la misteriosa oscuridad, el silencio y recogimiento del auditorio, arrodillado frente al altar, el mismo orador que se presenta como Ministro de Dios. Algunas veces, cuando anuncia con toda energía las verdades eternas, parece que sus palabras salen del mismo Tabernáculo sagrado en donde está el Señor.

Por último, para saber si nuestra religión es favorable á la elocuencia, bastaría recordar los nombres de los Santos Padres y oradores ilustres que ha producido. San Ambro-

sio, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Bernardo, entre los primeros; y Bossuet, Masillon, y, en nuestros días, Lacordaire, el Padre Ventura, el Padre Félix entre los segundos, por no citar otros innumerables, pueden ponerse en parangón con los antiguos oradores de Roma y Atenas, y áun aventajarlos en ciertos puntos.

No es ménos eficaz nuestra religión para dar vida y elevación á la *poesía*. La elocuencia y la *poesía* han sido dadas al hombre para expresar sus ideas, con la diferencia de que en la primera domina la realidad, y en la segunda la ficción. El orador es el hombre de la sociedad, y el poeta el hombre de la soledad. La elocuencia es siempre para tratar cosas serias, y solo se dirige á hombres formados; la *poesía* se ocupa también algunas veces de asuntos importantes, pero principalmente se dirige á nuestras pasiones. Ella anima nuestros placeres y mitiga nuestros pesares; ella modula sus graciosos cánticos al tierno niño acostado en la cuna, y entona sus lúgubres acentos al oído del anciano próximo á dormirse en el sueño eterno.

Quitad la religión, y cortareis las alas al génio del poeta, que al punto cae por tierra y se siente estrecho en el mundo; pero con la religión todo se engrandece á sus ojos, y su horizonte se extiende sin límites en la inmensidad de Dios. ¡Cuán vasto campo ofrece el Catolicismo al génio del poeta! ¡Qué asuntos de todo género para sus inspiraciones!

Nuestros dogmas suministran al poeta riquísimos asuntos, en los que, sin salir de la verdad, puede campeare libremente la más lozana imaginación. El dogma de la gloria eterna es un manantial inagotable de las más risueñas imágenes de la felicidad, al paso que el infierno es un arsenal espantoso de cuadros terribles. El purgatorio le inspirará tiernísimos acentos en memoria de los difuntos de su cariño. ¡Cuán dulces melodías no puede sacar la lira cristiana de aquellas deliciosas escenas de un Dios-Niño y de una Madre-Virgen! ¡Qué tristísimos suspiros no puede exhalar al contemplar la afrentosa pasión del Hijo de Dios por salvar á los hombres! La Virgen María con

su pureza, con sus gracias, con sus dolores, con su ternura hacia los hombres, es un manantial fecundo de santas y elevadas inspiraciones. Los Angeles, los Santos, los Mártires, las Ordenes religiosas, las Cruzadas, ofrecen á la imaginacion del poeta asuntos y recursos inagotables. Y, por último, la naturaleza entera se presenta á los ojos del poeta cristiano más llena de bellezas y maravillas porque la ve vivificada con la presencia del Señor.

La Iglesia es tan amante de la poesía, que la ha escogido por intérprete de sus más puros sentimientos. En todas las horas de oficio repite himnos sagrados y se deleita en dirigirse á Dios con cánticos y poemas, como si no supiera hablar otro lenguaje. Los que nos acusan de bárbaros deben leer los himnos eclesiásticos y las rimas latinas de la antigüedad y la Edad Media, y verán si están escasos de bellezas. La poesía se nutre de la religion: es una hija de los Cielos, que solo bajó á la tierra para cantar á los Dioses. La Iglesia lo ha comprendido perfectamente y la ha dado un lugar preferente en el santuario.

La poesía se ha formado y crecido en todas las naciones modernas bajo la influencia del espíritu religioso que, arraigado en todos los corazones en los siglos de fe, se manifestaba vigoroso como no podía ménos de suceder en todas las producciones literarias. Todos los grandes poemas llevan el sello católico. Dante, Petrarca, el Tasso, hallaron en nuestra religion sus más felices inspiraciones, como lo prueban sus obras. «Segun todas las probabilidades, Shakspeare era católico; Milton es evidente que imitó algunas partes de los poemas de Sainte Avite y Massenius: Klopstoch ha tomado lo principal de las creencias romanas: Goethe y Schiller encontraron de nuevo su génio tratando asuntos católicos.»

Concretándonos á nuestra España, nadie ignora que nuestra poesía, como en general nuestra riquísima literatura, se distinguen por su carácter profundamente religioso. España llegó á ser la primera nacion del mundo en poder, en riquezas, en armas y en ingénios, porque era la primera en la fe. Por cierto que el Catolicismo no puso

trabas al génio de Ercilla y Fray Diego de Ojeda, de Herrera y de Fray Luis de Leon, de Garcilaso, Calderon, Góngora, los Lope, el Padre Isla, Iglesias, Gallego, Quintana, Lista y otros mil y mil, gloria de nuestras letras y de nuestra lengua. La mayor parte de los ingénios que acabamos de citar fueron Eclesiásticos.

Los que desean apreciar las bellezas de nuestra lengua castellana, su fluidez, riqueza y galanura, se ven precisados á admirar al mismo tiempo las bellezas de nuestra religion en las obras de Santa Teresa, Fray Luis de Granada, el maestro Avila, Cervantes, Feijóo, Jovellanos, y, en general, de todos nuestros clásicos. La impiedad no sienta bien á la gravedad y nobleza de nuestro idioma. Léanse los discursos pronunciados en la *Academia Española* desde su institucion, y se verá cuán sinceramente religiosos han sido nuestros literatos.

La religion desarrolla el génio, le eleva sobre los mezquinos intereses de la materia, le da energía y delicadeza y purifica el buen gusto.

Por el contrario, en los siglos de impiedad, decae rápidamente la literatura, porque la impiedad seca las fuentes del *sentimiento*, al par que abre las del *sensualismo*. Por eso las obras modernas, en su mayor parte, están vacías de pensamiento y pobres de expresion. Solo aspiran á vivir un día, y hacen una especulacion de la literatura, degradándola hasta el extremo que todos deploran. Estos desdichados corrompen á un mismo tiempo la literatura y la moral.

§ III.—*Bellas artes.*

«Hermanas de la poesía, las bellas artes, identificadas, por decirlo así, con los pasos de la religion cristiana, la reconocieron por su madre no bien apareció en el mundo. Ellas le prestaron sus encantos terrenales, y la religion les comunicó algo de su divinidad; la música dió notas á sus cantos; la pintura la representó en sus dolorosos triunfos; la escultura se complació en meditar á su lado en los

sepulcros, y la arquitectura le erigió Templos tan sublimes y misteriosos como su pensamiento.»

Aun en el tiempo que la Iglesia estuvo en las Catacumbas, á pesar de las persecuciones, manifestó que era amiga de las artes. No es de admirar, porque la verdad se identifica con lo bello. Pero desde el momento que adquirió existencia pública y pudo funcionar libremente, manifestando la constitucion poderosa que la había dado su fundador, operó una revolucion general en las artes, como en todas las cosas, y penetró en lo que éstas tienen de más profundo, que es la idea, no para destruirla, sino para completarla.

Bien pronto elevó los suntuosos Templos y Basílicas, que aún hoy se admiran, y que son museos completos de arquitectura, escultura y pintura. Estos monumentos, esparcidos por toda la tierra, son los testigos más elocuentes contra los que acusan á la Iglesia de enemiga de las artes. Despues de contemplar las magníficas Catedrales que adornan las ciudades católicas; las Catedrales de Búrgos, Sevilla, Toledo y el Pilar de Zaragoza; despues de haber visto el Escorial, San Juan de los Reyes y la Cartuja de Miraflores; despues de haber admirado los innumerables Monasterios y Colegios llenos de riquezas artísticas, elevados por la mano de la Iglesia, no se comprende que se pueda hacer con formalidad ni de buera fe semejante acusacion.

Esos monumentos no existirían si la religion no les hubiera dado vida. ¿Quién reunió los tesoros necesarios para obras tan gigantescas? La fe. ¿Quién levantó sus sólidos muros y sus atrevidas torres? Los brazos del pueblo movidos por la fe. ¿Quién llena aquellas inmensas moles de esa majestad angusta é imponente que las hace respetables, como si percibiéramos bajo sus bóvedas mil espíritus invisibles? La fe. Cuando se trataba de hacer estas obras, se predicaba una indulgencia plenaria á favor de aquellos que, arrepentidos de sus pecados, contribuyesen á ellas con sus recursos ó con sus brazos. Al punto se allegaban sumas considerables, y una multitud inmensa se lanzaba á la obra con toda actividad. Como en aquellos tiempos no tenían los medios de centuplicar la fuerza y abreviar el

trabajo que hoy se conocen, aquellas construcciones exigían un tiempo considerable. Los incendios, las guerras, las carestías, venían muchas veces á interrumpirlas y trascurrían los siglos ántes de ser acabadas. En tan largo intervalo, el tiempo lo arrastraba todo en su curso irresistible, arquitecto, oficiales y peones; pero el edificio permanecía en pié, protegido por la fe, que había inspirado el pensamiento. Una nueva generacion se ponía luégo á la obra, y despues de haber traído su contingente, desaparecía á su vez, cediendo el lugar á otros nuevos trabajadores, que al fin tenían la gloria de poner la última piedra. Otras veces era la piedra de los reyes, que levantaba esas magníficas moles á consecuencia de algun insigne favor del Cielo unido á alguna gloria nacional.

Ninguna arquitectura es comparable á la católica. La religion la ha comunicado un sello de grandeza y esplendor que en vano se buscará en otras obras profanas.

Lo que se ha dicho de la arquitectura, se aplica igualmente á la pintura y escultura. Las galerías y museos de todo el universo están llenas de cuadros y estatuas, inspiradas por el génio cristiano.

«El cristianismo es más favorable á la pintura y escultura que cualquiera otra religion: porque siendo de naturaleza espiritual y mística, ofrece á estas artes un *bello ideal* más perfecto y divino que el que procede de un culto material. Corrigiendo la fealdad de las pasiones, ó combatiéndolas con fuerza, da tonos más sublimes á la figura humana, y ha suministrado á las artes asuntos más hermosos, más ricos, más dramáticos é interesantes que los asuntos mitológicos.

Lo que prueba que el cristianismo habla al génio más que la fábula, es que, en lo general, nuestros grandes pintores han sido más felices al manejar asuntos sagrados que al ocuparse de los profanos» (1).

El que lea la historia de la pintura se convencerá de que

(1) *Génio del Cristianismo*, 3.^a parte, lib. I.

la Iglesia ha sido en todos tiempos la más segura protectora de las artes, y que hubo un tiempo en que solo la Iglesia las apreciaba y sostenía á los artistas. Los Papas eran los Mecenas de todos los talentos, é hicieron de Roma el centro de las más preciosas riquezas de arte antiguas y modernas, y el asilo de todos los artistas, que acuden allí á perfeccionar sus talentos. Para estudiar la industria, el comercio ó la navegacion, se va á Inglaterra, Francia y América; pero para estudiar las bellas artes en sus obras maestras, se va á Roma desde todas partes del mundo.

CAPITULO VI, duplicado.

La Iglesia promoviendo el bienestar material.

Por la rápida reseña que acabamos de hacer, se comprende claramente que los que acusan á nuestra religion de ser un obstáculo para el progreso, se ponen en abierta oposicion con la verdad histórica.

Mas no solo en las regiones elevadas del génio es donde campea la influencia bienhechora de la Iglesia, sino tambien en todos los ramos de la actividad humana. Su fin es conducirnos al Cielo, y nos enseña que esta vida es una peregrinacion, pero nada omite para hacernos el camino agradable. Guiándonos á un bien espiritual y eterno, promueve eficazmente el bienestar material en el tiempo. Vamos á indicar algo de lo que por esta parte ha hecho la Iglesia en favor de la humanidad.

§ I.—Influencia sobre la policia general.

«El desarrollo de la vida religiosa dulcifica las costumbres en beneficio del órden social que la Iglesia ha defendido siempre con todas sus fuerzas. En la época en que las leyes no podían impedir las sangrientas parcialidades, protegía ella la seguridad pública con la *paz de Dios* y con el

carácter sagrado que daba á las personas y cosas; precavía con el derecho de asilo las *venganzas de sangre*; aseguraba los caminos con las santas imágenes que hacía levantar en ellos; perseguía con anatemas á los piratas, y proscribía para siempre la bárbara y anticristiana costumbre del derecho de naufragio. Contribuía además al progreso de las luces con sus escuelas y con sus trabajos para arrancar la supersticion que tan arraigada estaba, y al alivio de la humanidad doliente con sus hospitales y hospicios de todas clases: la Iglesia era la que amparaba al recién nacido abandonado por una madre sin entrañas; la que conmutaba las penas canónicas en pecuniarias para puentes y caminos; la que prometía indulgencias á los cruzados contra piratas; reprimía las diversiones crueles y bárbaras; condenaba los gastos inmoderados y el lujo de los trajes; perfeccionaba la agricultura con su propio ejemplo; organizaba batidas generales contra las bestias feroces; y ella, en fin, contribuía hasta al alumbrado de caminos y calles con las lámparas que la piedad de los fieles sostenía ante una multitud de imágenes» (1).

§ II.—Agricultura.

«Tambien es al Clero secular y regular á quien debemos la restauracion de la agricultura en Europa. Desmontes de terrenos, líneas de caminos, engrandecimiento de aldeas y ciudades, establecimientos de mensajerías y posadas, artes y oficios, manufacturas, comercio interior y exterior; todo procede originariamente de la Iglesia. Nuestros antepasados fueron unos bárbaros, á quienes el cristianismo tuvo que enseñar hasta el modo de alimentarse.

La mayor parte de las concesiones hechas á los Monasterios en los primeros siglos de la Iglesia, consistían en terrenos incultos que los Monjes tuvieron que cultivar con sus propias manos. Bosques, pantanos impracticables y

(1) Walter, párrafo 338.